

en Pekín con otros europeos, pero el primero todavía volvió a China de 1789 a 1805 (p.1161-1182) y el segundo murió en Filipinas en 1831. La protesta que allí elevó contra la obligación de explicar en el púlpito la Constitución de Cádiz se refiere al decreto de 25 de abril de 1820 sobre este asunto (p.1469-1470).

No faltan relatos pintorescos y anécdotas sabrosas. El P. Diego de San José (p.891-908) cuenta la historia de una joven aspirante a bonza, que quemó los ídolos y las tablillas de los difuntos al leer los libros cristianos (p.944), y el P. José de Madrid relata, no sin humor, el largo viaje de Cantón a Pekín disfrazado de mandarín en 1766, mientras era tratado como tal, con pólvora y agasajos por donde pasaba, aunque al llegar a Pekín estuvo expuesto a pagar cara su osadía (p.963-976).

El deterioro progresivo de las misiones contrasta con la fe y entusiasmo de los misioneros que recorren a escondidas las cristiandades, apuntando la lista de los pueblos donde había cristianos y los bautismos que celebraban. Pero a finales del siglo apenas quedaban supervivientes de aquellos hombres intrépidos. La retirada de China se compensó con el incremento de la evangelización en Filipinas, mientras se demostraba la necesidad de hacer sacerdotes nativos.

Abundan las noticias de Cantón y Macao, puertas de entrada y últimos refugios de los misioneros, donde los franciscanos tenían servicio de botica e internado para niñas pobres. En las cartas hay noticias abundantes de Filipinas, de donde procedían los misioneros, llegados de España vía México, y de las misiones de Cochinchina, donde no faltaron persecuciones. Hay también noticias de navegaciones y compañías comerciales europeas, ataques de piratas, embajadas de Portugal, órdenes del rey de España y de la Santa sede, y misioneros de otras órdenes religiosas. Resultan de especial interés las alusiones a los jesuitas, que fueron expulsados de los dos colegios de Macao en 1762 y deportados a Goa (p.772-773). Su expulsión aumentó las suspicacias de los chinos contra los europeos en general y perjudicó a todos los misioneros, que quedaron sin intermediarios en la corte de Pekín (p.778). El índice de nombres y temático ayuda a manejar el rico caudal informativo de la obra. El P. Antolín Abad merece los mayores elogios por esta admirable obra, que completa toda una vida dedicada, con sabiduría y paciencia, a la investigación histórica en servicio de la Iglesia y de la Orden Franciscana.—MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ, S.J.

MARTÍN DE SANTA OLALLA, PABLO, *Javier Osés. Un obispo en tiempos de cambio* (Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca 2007), 354p., ISBN: 978-84-8127-191-1.

Es un lugar común entre los especialistas en la materia resaltar la difícil inserción de la historia de la Iglesia en el quehacer historiográfico profesional español. Tomando como principal modelo las tradiciones historiográficas francesa e italiana, Feliciano Montero, uno de los expertos más reputados en este terreno, insiste en el cúmulo de trabas que dificultan el urgente y necesario paso desde una historia eclesiástica patrimonializada por estudiosos vinculados afectivamente a la institución a una historia de la Iglesia plenamente inserta, desde el punto de vista teórico y metodológico, en la historiografía «civil».

Esta dificultad explica, por ejemplo, que aún hoy, la historia de la Iglesia española contemporánea siga siendo campo abonado en el que proyectar los más variados sentimientos personales y/o grupales, ajenos a la investigación histórica pero enormemente condicionantes de la misma. Eso por no hablar, en el terreno propiamente biográfico, de una todavía desmedida afición a juicios hagiográficos que se compadecen muy poco con el tratamiento que se merece todo objeto de estudio histórico.

Afortunadamente, la progresiva irrupción en esta especialidad de historiadores profesionales ataviados de un adecuado utillaje teórico y metodológico viene paliando, en parte, este defecto tan esterilizante. Uno de ellos es, sin duda alguna, Pablo Martín de Santa Olalla, doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Autónoma de Madrid y coordinador académico del Centro Superior Editorial y de Cultura (CSEC).

Hace tiempo que Pablo Martín de Santa Olalla viene renovando con éxito la historia de la Iglesia española contemporánea, especialmente la referida a la época franquista, tan determinante para comprender el devenir reciente de la institución y tan necesitada, a la vez, de rigor académico. Aparte de las numerosas y exhaustivas investigaciones publicadas en revistas como *Ecclesia*, *Estudios Eclesiásticos*, *Actualidad Bibliográfica*, *Espacio*, *Tiempo y Forma*, *Historia del Presente* o *Hispania Sacra*, Martín de Santa Olalla es autor de dos libros decisivos para comprender mejor las intrincadas y no siempre bien enjuiciadas relaciones entre la Iglesia y el Estado en época de Franco: *De la Victoria al Concordato. Las relaciones Iglesia-Estado durante el «primer Franquismo» (1939-1953)* (Laertes, Barcelona 2003) y *La Iglesia que se enfrentó a Franco. Pablo VI, la Conferencia Episcopal y el Concordato de 1953* (Dilex, Madrid 2005).

Su libro más reciente, *Javier Osés. Un obispo en tiempos de cambio*, editado por el Instituto de Estudios Altoaragoneses, constituye otra sugestiva e interesante contribución de este joven historiador a la historia más reciente de la Iglesia católica española, esta vez a través de la figura de un prelado singular. En efecto, Javier Osés Flamarique, natural de Tafalla (Navarra), rigió —primero *de facto*, luego como titular— la diócesis oscense en tiempos nada fáciles para la Iglesia española, en medio de cambios cruciales para la sociedad y la política pero también, desde luego, para la propia institución; y lo hizo ataviado, además, de un talante personal y pastoral considerado como «aperturista» por algunos y directamente «rojo» por otros.

Concretamente, Osés, nacido en 1926 y ordenado sacerdote con veintitrés años, se formó en el Seminario de Pamplona y en la Universidad Gregoriana de Roma, fue profesor de seminario y consiliario de los Jóvenes de Acción Católica antes de ser nombrado, por Pablo VI, obispo auxiliar de Huesca en 1969. Titular de la diócesis entre 1977 y 2001, año de su fallecimiento, entre 1984 y 1990 presidió la Comisión Episcopal de Pastoral.

Es evidente, por tanto, que la tarea a la que Martín de Santa Olalla hubo de enfrentarse desde 2003, momento en el que inició su investigación gracias a una beca del Instituto de Estudios Altoaragoneses, no resulta nada fácil para un historiador que, como es su caso, pretende diseccionar con rigor la vida y obra de un personaje de la envergadura de Osés. Es evidente también que la ausencia de fuentes documentales «no oficiales» y la proximidad de los hechos a historiar dificultan un tanto la tarea.

Aun así, Martín de Santa Olalla ha salido airoso del desafío y, en 354 páginas, ha conseguido presentar, con el rigor exigido, la trayectoria personal y profesional de

una figura tan atractiva dentro del episcopado español. En efecto, gracias a este trabajo podemos reconstruir no sólo el devenir pastoral de Javier Osés, sino, sobre todo, la no siempre fácil acomodación de la Iglesia española a los cambios sociales, religiosos y políticos que acontecen en España a partir de los últimos años de la dictadura de Franco. El resultado es una aproximación pionera y valiosa a la biografía de Osés, un estudio que, además, se configura como modelo a seguir para ulteriores biografías sobre prelados que han regido sus respectivas diócesis en épocas tan cercanas.

Para ello, Martín de Santa Olalla ha dividido el estudio en cuatro apartados. Un capítulo que aborda los años de formación del prelado y sus primeros cargos diocesanos hasta el momento de su elección como obispo auxiliar, en 1969; una segunda parte, mucho más amplia, que analiza su labor de gobierno diocesano hasta 2001; un capítulo dedicado al pensamiento del prelado en todos los ámbitos involucrados (social, político, moral, eclesiástico, pastoral...); y dos más, especialmente interesantes y novedosos y que, a nuestro juicio, arrojan valiosas pistas a todos aquellos que pretendan investigar con solvencia los problemas y entresijos del episcopado español contemporáneo: las no siempre fáciles relaciones con la Santa Sede en tiempos de Juan Pablo II y las dificultades económicas a la hora de regir la diócesis.

En la primera parte, aun sin obviar el hecho clave del nacimiento de Osés en ese vivero de vocaciones que era la Navarra de los años posteriores a la Guerra Civil, el autor ha preferido ahondar en las características del gobierno *de facto* del biografiado como obispo auxiliar de Huesca. Vetado por el gobierno de Franco, ya entonces, el navarro dejó entrever el talante aperturista y dialogante que impregnaría su tarea de gobierno hasta el final de sus días.

Con especial mimo contextualiza el autor todas y cada una de las etapas que analiza, desde el «torbellino» eclesial que irrumpe en España tras el Vaticano II pasando por la progresiva escalada de la secularización, la división interna de la Iglesia en los años de la Transición y, desde luego, las sucesivas vicisitudes políticas que acontecen en España entre 1969 y 2001.

Sorprende comprobar, a este respecto, la coherencia imperturbable de Osés, en la práctica, pero también en su manera de pensar: austero hasta extremos insospechados (nunca residió en el Palacio Episcopal, prefirió hacerlo en un modesto piso de la Plaza de Lizana), prudente en sus juicios políticos y especialmente preocupado por la problemática social, sobre todo por los colectivos más necesitados. Prudencia política que se hizo visible, por ejemplo, en las homilias pronunciadas tras el asesinato del almirante Carrero Blanco (1973) y la muerte de Franco (1975), o en sus juicios acerca de las causas de la mítica y abrumadora victoria electoral socialista en octubre de 1982.

Prudencia, desde luego, pero también aperturismo y talante avanzado. Martín de Santa Olalla reniega de los calificativos «progresista» y «rojo» con el que algunos historiadores han querido caracterizar a Osés para situarlo eclesialmente en el sector taranconiano y, políticamente, en el de los obispos de ideas avanzadas, plenamente democráticas. Buena cuenta de ello dieron, por ejemplo, su apuesta por el pluripartidismo en 1977, sus ataques al neoliberalismo, al que hacía responsable de la cada vez más infranqueable brecha entre ricos y pobres, su oposición implícita a la entrada de España en la OTAN en 1986, o su no menos impactante llamada contra la guerra cuando, en 1990, las tropas aliadas decidieron atacar el Irak de Sadam Hussein durante la primera Guerra del Golfo.

Diálogo, austeridad radical (como un «franciscano encubierto» lo califica el autor), tolerancia y transparencia guían, según Martín de Santa Olalla, la labor pastoral de Osés en Huesca. Una vez más, las pruebas aportadas por el autor parecen irrefutables: las avanzadas conclusiones de la Asamblea Diocesana de 1984, las autocríticas constantes, la denodada insistencia en la necesidad de desclericalizar y democratizar la Iglesia, la voluntad, expresada en el mismo Consejo Presbiteral diocesano, de superar el «anquilosamiento» manifiesto del personal religioso, la transparencia informativa...

Y, como «obispo profundamente social», Javier Osés no desentonaría de lo dicho anteriormente: Martín de Santa Olalla salpica su relato con numerosos ejemplos de atención desmedida a los necesitados, enfermos, obreros y minorías étnicas, interesantísimos —y, a nuestro juicio, excesivamente prudentes— asertos sobre el papel de la mujer en la Iglesia, no siempre bien avenidos con su firmeza a la hora de denunciar el papel conferido a la misma en la vida política y social, o su proximidad teórica a la teología de la liberación.

Compartimos, a este respecto, el argumento del autor en lo referente a la prudencia del prelado, mas no tanto el pretendido desligamiento de sus opiniones del devenir político del momento. De hecho, su insistencia en la justicia social se aviene bastante bien con una determinada manera de comprender la política; lo que nunca hizo Osés fue, en efecto, identificarse con una determinada opción partidista. Quizás ahí resida la clave de aquella expresiva argumentación que, en 1996, a punto de producirse la «amarga victoria» electoral del Partido Popular, le llevaba a admitir que «ningún partido político merecía ser apoyado».

Con especial interés merecen ser destacados los dos últimos apartados del libro, el que pretende explicar la imposibilidad de Osés para ascender en el escalafón episcopal y el que hace referencia a la cuestión económica de la diócesis, uno de los problemas más graves a los que el prelado, como tantos otros, hubo de hacer frente. La ausencia de fuentes documentales de primera fila (Archivo Secreto Vaticano) explica que el autor interprete el primer asunto a partir de esa conflictiva mixtura entre el conservadurismo que caracterizó el pontificado de Juan Pablo II y las «amistades peligrosas» que cultivó el obispo de Huesca (José Ángel Ubieta, Setién, Iniesta, Asociación de Teólogos *Juan XXIII*, Cirarda...).

El apartado económico, por su parte, aporta pistas determinantes para futuras investigaciones que pretendan diseccionar otras trayectorias episcopales con afán académico o, simplemente, reconstruir la historia más reciente de alguna diócesis. El déficit de la oscense, el impacto del nuevo sistema de financiación de la Iglesia (en vigor desde 1988) y las operaciones de venta inmobiliaria que hubo de emprender el obispo para enjugar el enorme desfase económico (seis millones de pesetas de déficit en 1991) ponen en evidencia la importancia de esta coyuntura a la hora de valorar en su justa medida la obra desarrollada por el prelado de turno.

Muchas luces y muy pocas sombras: no otro es el resultado, a nuestro entender, de la biografía que nos ofrece Pablo Martín de Santa Olalla. Entre las últimas, el «excesivo estilo liberal» a la hora de ejercer la autoridad y la decisión de dejar de cobrar los estipendios de las misas, con el subsiguiente malestar de buena parte del clero. En realidad, para el ciudadano de a pie, ambos «defectos» no hacen otra cosa que realzar aún más el talante personal de Javier Osés.

En una única cuestión, que nada afecta a la investigación realizada, disentimos del autor: en su excesiva modestia, bien patente cuando, a la hora de valorar el trabajo realizado, señala que es «un simple seglar que, aunque inserto de lleno en la vida de la Iglesia católica española, no conoce de manera real las dificultades que entraña algo tan complejo como es el sacerdocio». Precisamente, como él mismo reconoce más adelante, la acreditada calidad que caracteriza su quehacer profesional la da, en parte, su alejamiento personal y cronológico del biografiado, circunstancia que le permite abordar el objeto de estudio con garantías, si no de total imparcialidad, sí de escrupuloso rigor académico.

Por otro lado, con objeto de comprender mejor la percepción social y política de los coetáneos acerca de la figura de Javier Osés, tampoco hubiese estado de más completar la información aportada con otras fuentes no «oficiales», tales como los informes del Gobierno Civil (en caso de poder ser consultados) y los de otras fuerzas políticas y movimientos eclesiales. Lo mismo cabría señalar de las fuentes orales, mínimamente reseñadas en el apartado dedicado a las conclusiones. Con todo, como decimos, el resultado del trabajo de Martín de Santa Olalla es, además de una excelente aproximación a la figura de un prelado merecedor de una mayor atención historiográfica, un valioso modelo para ulteriores investigaciones de temática similar.—ENRIQUE BERZAL DE LA ROSA.